

RECUERDO

DE LA

PEREGRINACION

que hicieron los feligreses de la Parroquia de
Silao á la Santa Iglesia Catedral de León, con mo-
tivo de la

CORONACION SOLEMNE

DE LA

MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

BX2162

.L8

R4

c.1

ON.—1902

IMPRESA DE CAMILO SEGURA.

4910

BX2162

.L8

R4

c.1

9910



1080026820



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ

EN LA CORONACION DE SU CEBRE IMAGEN



Otra vez, otra vez, Virgen María,
VÍ sobre el cuadro de tu imagen bella
Una corona rutilar, que al día
Venció con rayos de amorosa estrella.

Del Tepeyac el templo recordando
Fuí de León á tu gentil morada,
Y el corazón, amante palpitando
Te halló de nueva gloria coronada.

Eres la misma, y á tu nombre eleva
Otro santuario el pueblo, que te adora,
Y el arte para TÍ sus dones lleva
Y tu mansión con su pincel decora.

Entré bajo las bóvedas gallardas,
Que una generación ha sostenido,
Y ví el altar, donde tu imagen guardas,
Madre de luz, que al mundo ha dirigido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

42075
004910

Allí también la noble arquitectura,
La gravedad venciendo y el espacio,
Para la Madre de la luz más pura
Edificó su espléndido palacio.

Sí, piedras sobre piedras imponiendo,
De tu casa los muros se adelantan,
Así como las almas, construyendo
De Dios el templo vivo, se levantan.

Así cierran los arcos gigantes
En curva esbelta tu mansión, María,
Cual se agrupan plegarias y deseos
En la esperanza eterna, Madre mía.

Mármol de jazpes y otro alabastrino
Van á formar tus nítidos altares,
Y los bronce, las bases del divino
Esposo del *Cantar de los Cantares*.

Frondas y querubines los pinceles
Abultan en tu mágico recinto;
Y bordan las vidrieras y cancelos
Los colores de un sol, jamás extinto.

Puedes morar en él. La muchedumbre
Llena el santuario, y, de tu amor traída
Busca el radiar de tu perenne lumbré,
Amor y luz: las fuentes de la vida.

¿Quién darnos puede en las mundanas nieblas
Puerta á la luz esplendorosa y franca?
¡Oh! la Madre de Aquel, que á las tinieblas
Con manos impalpables luz arranca.

Por eso un trono á tu poder erigen
Los hijos de esta tierra; y á su acento
A Tí las multitudes se dirigen,
Con sus clamores atronando el viento.

Por eso ofrecen fúlgidas coronas
No á tu cabeza, á tus benignas plantas,
Sabiendo que iluminas y perdonas,
Y como luz del cielo te levantas.

Tú eres la luz de este país: ahuyentas
La inundación, la guerra, la mentira;
Y, cuando á conjurarlas te presentas,
La dicha en torno de tus gracias gira.

¿Quién no te ha de buscar? Quién desdeñarte
Podrá, si Tú bendices lo que tocas,
Y en corazones dignos de adorarte
Conviertes los desiertos y las rocas?

Por eso te buscamos y se llena
De fieles tuyos tu morada santa:
Suave rumor en su ámbito resuena,
Y la armonía tus grandezas canta.

Pontífices de Mitras refulgentes
En torno de tu altar ya se arrodillan,
Y doblan ante Tí las altas frentes
Los hombres, que tus greyes acaudillan.

No sé que blando, tímido oleaje
De gentes y de voces va subiendo,
Muy cerca de tus aras, su homenaje
Ante su Reina plácidos rindiendo.

El Pastor de León desde la altura
En tus sienes coloca reverente
Esa rica diadema, que fulgura,
Símbolo de un amor indeficiente.

Y las manos aplauden y las voces
Te bendicen y aclaman tumultuosas,
Y esparcen á los zéfiros veloces
De tu gloria los lauros y las rosas;

Que no se han de secar, porque son tuyos
Y á tu sagrado amor se han acogido.
Cantos, gritos, plegarias, son arruyos,
Que revuelan en torno de tu nido.

Oh Madre de la Luz, esa corona
Tu poder soberano simboliza,
Y es oro, que las almas eslabona
Contigo, y su ventura garantiza.

Venid los que moristeis, esperando
En esa Madre de la Luz, un día,
Que es Reina, que sus manos alargando,
Las bendiciones y la luz envía.

Sombra del gran Sollano, surge ahora
De tu sepulero, y á la Reina bella,
Que fué tu guía, reverente adora,
Que es de tu pueblo la perenne estrella.

De tu saber y de tu amor los trazos
Sigue León, guardando tu memoria,
Y de tu Reina los amantes brazos
Vierten sobre tu grey lampos de gloria.

Sombras de los que fueron y soñaron
Con este día santo y jubiloso,
Venid, que los instantes se llegaron
De interrumpir el eternal reposo.

Mirad: está la emperatriz gloriosa
En su fulgor, fanal de la hermosura.
La noche del infierno su espantosa
Tiniebla rompe ante su lumbre pura.

Y, del error las sombras disipando,
Es la custodia de la fe, que salva,
Reina, que la virtud va derramando,
Brillo de Dios, la claridad del alba.

De los que sufren el oscuro llanto
Trueca en gotas de luz, que á Dios reflejan;
Y de su cetro al singular encanto
Los pecadores sus tinieblas dejan.

¡Eres Reina! La antorcha de tu mano
Despide claridades de consuelo:
Dirige pues al pensamiento humano
Por una escala mística hasta el cielo.

Atenógenes Segale. ®

LEÓN, A 8 DE OCTUBRE DE 1902.



UANA

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC



00